

Narrativas de ausentes: la Transición desde el punto de vista de los emigrantes y exiliados retornados.

PABLO AGUIRRE HERRÁINZ

paguirre@unizar.es

Universidad de Zaragoza

Introducción

¿Cómo se vivió el proceso de transición democrática española desde las filas del exilio? ¿Y desde las filas de otros colectivos de “ausentes”, como pueden ser los propios emigrantes en el extranjero, o desde la perspectiva de los que todavía padecían las secuelas de la España aherrojada – hablo de los presos de Franco, que aún lo eran, y de algún que otro “exilio interno”, que lo habían sido –? ¿Fue más grande entre ellos la pulsión de la lucha en la calle, o la extrañeza ante un cambio demasiado tímido, tibio tal vez, bien que reconfortante? ¿Supo la sociedad reconocer el papel que jugaron los que no estaban de cuerpo, pero sí de alma, y a veces, de pluma y palabra? ¿Y entre quiénes sí llegaron a estar, qué hubo en la Transición de herencia de la España vencida – o emigrada –, o qué queda, desde el punto de vista de nuestra democracia actual?

Todas estas cuestiones me vienen a la mente a la hora de plantearme el problema de las narrativas más periféricas que se derivaron del proceso de transformación democrático, toda vez que algunas de ellas engarzaban de manera directa con las que las habían antecedido – en el exilio, por ejemplo –; o con las que se fueron conformando progresivamente en la dictadura. Por ejemplo, a partir del desarrollismo franquista, que si homologó a España como país mínimamente industrializado y competitivo fue a costa del sacrificio de una importante masa migratoria que marchó del campo a la ciudad y de la ciudad al extranjero para ganarse la vida, descubriendo a su vez formas de socialización de las que devengarían todo tipo de expectativas no previstas, o por lo menos no controladas, por el Régimen. Ambas, narrativas y expectativas periféricas – insistimos, en gran medida imbricadas con quienes no estaban o no habían estado durante demasiado tiempo en el país –, son el objeto de nuestro texto, aunque, y a modo de eximente, baste el recordar que lo son también de una futura tesis doctoral por lo que no podrán aquí hallar más que un planteamiento superficial y provisional.

Con el fin de aligerar la presente comunicación del peso considerable que supondría una bibliografía relativa a los múltiples temas que en ella se abarcan me ha parecido pertinente limitar aquella a las fuentes primarias. De este modo será a través del trabajo de archivo que se hilvanará un discurso cuya limitación principal consiste, en virtud de su soporte documental, en no poder más que ilustrar aspectos disruptivos en el tiempo y limitados en cuanto a su representatividad global relativos a la configuración de las narrativas sobre el retorno y el exilio. Dichas fuentes se corresponden, principalmente, a los siguientes tres corpus documentales: epistolarios, muchas veces dispersos procedentes de las filas del exilio libertario, comunista y socialista – y que, por ese orden, proceden de los archivos de la Fundación Salvador Seguí y del archivo del

Partido Comunista Español en Madrid, así como de la Fundación Pablo Iglesias en Alcalá de Henares –; la hemeroteca online de El País durante sus ocho primeros meses de vida y extractos varios de nueve entrevistas realizadas en la última década a emigrantes asturianos retornados, que están recopiladas y transcritas en un altillo de la Universidad de Oviedo, cuyo fondo lleva por nombre el acrónimo AFOHSA – Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias –. Estos tres conjuntos se complementarán con encuestas de la Fundación Primero de Mayo e informes de la Secretaría General de Inmigración y Emigración de Madrid. Los dos se refieren al problema de la emigración y a la valoración que hacen los emigrantes de su experiencia personal y de la situación de España, así como a la contra: el cómo instituciones estatales como el Instituto Español de Emigración los perciben a ellos.

Las dinámicas del exilio

Con la muerte de Franco el exilio, contando desde el más tardío de 1939, cumple siete lustros de historia. En este inmenso periodo muchos hombres y mujeres han dejado sus años de juventud y adultez, y muchos otros, su vida entera. El relevo generacional, y el exilio tardío de posguerra fueron si acaso las dos únicas vías por las que la España desterrada renovó sus filas, aunque la sensibilidad no siempre era la misma que la de sus predecesores biológicos o ideológicos. Para los nacidos fuera de España aquella era un ente amado, aunque ignoto, y para los que la habían abandonado tras la Segunda Guerra Mundial el panorama no fue el mismo. Para ellos la instalación en Francia– pues Francia fue, y es, el principal refugio del exilio español y su legado – fue mucho menos traumática que la de sus mayores, en 1939, cuando el ánimo nacional se hallaba muy alterado y el dispositivo de acogida y retención de extraños rayaba lo penitenciario.

Es por esta disparidad biográfica, en verdad tan múltiple como el número de personas reunidas en el exilio, que la década de los setenta se fue perfilando como un escenario poliédrico, donde en función de su experiencia vital y de sus expectativas, cada sector, cada individuo, sopesaba de un modo u otro su porvenir inmediato. Y las perspectivas de unos y otros chocaban, como habían chocado durante décadas los planteamientos de las distintas siglas políticas, y dentro de ellas, de sus diversas corrientes de opinión: “son gentes que no sienten ya nuestras ideas, por las razones que sean, el tiempo pasado, la diferencia de situación, la decisión de no regresar ya, con carácter definitivo a España, etc.”¹. De este modo resumía Toulouse Carlos Martínez Parera desde a su tocayo Carlos Atienza, exiliado en México, la falta de “adhesión profunda a la ideología socialista” de algunos compañeros a los que no nombra. La carta, que está escrita en enero de 1978 – menos de un mes después de la celebración del XVII Congreso del PSOE en Madrid –, ahondaba en muchos aspectos que en mayor o menor medida respondían a un mismo origen: la escisión socialista acaecida tres años atrás en Suresnes, de la que ahora nos interesan más que sus entresijos – el consabido distanciamiento entre los *históricos* de Llopis, y la más posibilista vía encabezada por el grupo de los *sevillanos* –, lo que podríamos llamar su halo ensombrecedor. Pues es la escisión del vecino, más que la oposición del contrario, la que distrae continuamente la correspondencia de los exiliados que he tenido ocasión de consultar. Eso y la ilusión o desilusión que se tiene por la posibilidad de que las convicciones propias, siempre compartidas con alguien o con algo – el partido, la federación, un grupo afín –, se vean reconocidas en la España que se conforma entre las brumas de lo incognoscible.

Esto es cierto tanto en uno como en otro epistolario, tiempo y lugar, y si no veamos dos ejemplos de signo contrario que coinciden en el año 1973²: la visión que nos ofrece una militante comunista llamada Reis Bertral, contraria a la labor que desde el interior desarrollan algunos correligionarios suyos, y la del ferroviario anarquista Ángel Marcos, defensor de la misma para el caso de sus allegados libertarios. En ambos casos nos adentramos dentro de una correspondencia cruzada entre grupos más o menos activos donde unos y otros desempeñan labores de organización y propaganda incansables que no dejan de reflejarse tanto en sus misivas tanto como en la valoración que hacen de los acontecimientos.

La señora Bertral, – del grupo de Sofía–, da muestras repetidas de confiar en el porvenir de una España agitada por los jóvenes y por las aguas de la historia, cuya liberación no puede retrasarse mucho. Año a año: “Deseándoos [...] un próspero Año nuevo, y éste sí que creo es el último que pasamos fuera de la Patria” (9/12/70); “cada día tenemos más fuerza” (8/12/71); “todo demuestra que la gran actividad de la clase obrera [...] va pesando cada día más en el proceso de descomposición del franquismo” (7/7/72); “¡Feliz Primero de Mayo! ¡Ojalá el próximo pudiéramos celebrarlo en España!” (24/4/73); “la Aurora de la Libertad, para nuestra Patria, va alumbrando ya intensamente el horizonte” (23/8/74); y “la caída del monstruo del Pardo, está ya cerca” (12/4/75). Si acaso, lo único que enturbiaba las esperanzas de Reis Bertral era la ofensiva divisionista que desarrollaban desde el interior los “otros” (por la fecha y el tono general de sus cartas, parece razonable pensar que se refiera a la escisión de Líster), desde donde intentaban dividir al Partido (16/4/73)³. En cambio, para Ángel Marcos y sus cercanos – el grupo de Toulouse⁴ – la situación no pinta tan bien: la línea convergente que defienden con la CNT en el interior no compartida por los compañeros en el exilio. Obsérvese la progresiva evolución hacia el desánimo: “Hoy tenemos que empezar de nuevo para que dentro de cien años los que nos sobrevivieron hablen de Comunismo libertario” (31/10/67)⁵; “He perdido la esperanza de que la propaganda del exterior colabore a la caída del régimen” (15/4/73)⁶; “Cuando más falta hace que formemos bloque, dada la situación del problema español, esos energúmenos hacen lo posible por impedirlo” (25/4/75)⁷, y “peligramos a desaparecer del mosaico español puesto que todo el mundo está tirando la red para la pesca [...], sería la derrota de nuestro campo y dejaría de ser lo que fuimos pasando a ser tan desconocidos como lo son en otros países nuestras ideas” (27/5/75)⁸.

Siguiendo con esta recopilación de apreciaciones de diverso sentir y talante ideológico, podemos añadir la valoración que el compañero Parera, anteriormente mencionado, hacía a la altura de 1979, cuando su tocayo Atienza le pedía noticias sobre el Congreso. En su contestación plasmaba una reflexión muy interesante: “La realidad es que hay una gran experiencia de silencio. Quiero decir que 40 años de silencio en un país, dejan huella. Y las gentes cuando comienzan a poder hablar, no siempre aciertan en sus juicios y expresiones”⁹. ¿No podemos relacionar estas palabras con esa crítica permanente a la escisión disidente que tanto abundó durante estos años, sólo que más serena y en cierto modo autoasumida – por más que luego Parera hablara de una “falta de madurez en la base” de su partido –? ¿Y no es tal línea crítica sino el resultado de una pluralidad democrática más o menos acomodada dentro de cada sigla?

Una pluralidad en ocasiones difícil de asumir, bien es cierto, en unos años en los que se jugaba un premio tan alto como en ocasiones nebuloso: está claro que es algún tipo de representatividad electoral, de restitución pública, de recuperación de la legitimidad

moral, pero, ¿cuál y hasta qué punto en cada momento?, esa es la cuestión. Una situación difícil donde, sospecho, era fácil cargar a la “cerrilidad” del compañero o los compañeros de tal o cual desviación el no estar a la altura, el haber traicionado unos principios que venían ya muy fraccionados. En suma, el haber mandado al traste un no sé sabe muy bien qué. Y es por todo esto – o precisamente a pesar de esto – que las palabras de Carlos Parera me parecen interesantes, si bien es cierto que provienen de una persona que pasa por ser mediatibunda y sosegada, realizadas en fecha avanzada y en un entorno, el del PSOE, que en la bisagra del año 1979-1980 era ya claramente el heredero operativo de la izquierda democrática en nuestro país. Esto, sin lugar a dudas, debe contar a la hora de suavizar lo que aquí he resumido como “dinámicas del exilio”, que no son otra cosa sino el cambiante posicionamiento de las personas y los grupos antes los hechos que les toca vivir de cerca, pero también la costumbre que se hace cuando se pasa demasiado tiempo entre la niebla a seguir y no parar, hasta dar con el muro o la incompreensión.

Algo de esto hubo, empero, entre muchos españoles cuando tantas eran las esperanzas que se tenían de vivir un mañana radicalmente distinto, pero amanecía y, o no había cambio, o el cambio era irreconocible. Dos referencias muy alejadas nos permiten ilustrar esta extrañeza entre exiliados y emigrados, que para algunos fue puntual, y para otros absorbente. Entre los primeros, recibía Carlos Parera en 1979 una carta de un viejo conocido suyo que les escribía desde Suresnes a raíz de los acontecimientos recientemente acaecidos en la península – ignoro cuáles son exactamente –: “Sigo de cerca y con pasión lo que pasa y no pasa en España, comprendiendo muchas cosas y otras menos”¹⁰. Entre los segundos, la tercera posibilidad de respuesta a una cuestión que incluía una encuesta que debió de circular en 1977 entre familias de emigrantes españoles en Francia¹¹. La pregunta, que decía así: “¿Cómo describirías tú la nueva situación política de España?”, podía responderse de la siguiente manera: “A) Todo sigue igual; B) Es una apertura, un comienzo” y, atención a la que viene ahora, “C) Es un lío que nadie entiende y no soluciona nada”.

Entre el todo y la nada

Pero las dinámicas tienen topes que las superan. Muchas veces, de lo que se trata no es ya de volver a una España reconquistada, mucho menos republicana – u otra cosa –, sino de volver a un suelo familiar en el que reposar el cuerpo. Claro que en vistas a regresar al terruño propio uno debe procurarse los medios indispensables para pasar los últimos años de vida de un modo digno, pues la miseria, como ha ocurrido sido siempre, es patrimonio de los más ancianos. “Muchos de nosotros tenemos más de sesenta años, si esto dura mucho, el problema se resolverá solo”, aseguraban un grupo de exiliados españoles residentes en Polonia en un tardío 1978¹². “Pero si hay que morir queremos dejar nuestros huesos en España”, aclaraban acto seguido, y es que el principal obstáculo para el regreso era la convalidación de unas pensiones cuyo cálculo era problemático, pues muchas veces los periodos laborales previos al año 39 resultaban difíciles de demostrar a los funcionarios españoles, o estos hallaban problemas a la hora de combinarse con aquellos que habían transcurrido en el extranjero, bien por la falta de convenios adecuados o de voluntad política al respecto. Lo mismo les sucedía a los emigrantes y, en especial, a las mujeres, que en muchos casos no contaban con cotizaciones suficientes para garantizarse una digna jubilación, bien por la invisibilidad del trabajo doméstico que desempeñaban tradicionalmente bien porque sus empleadores europeos se habían aprovechado de su doble vulnerabilidad como mujeres y extranjeras.

Exiliados y emigrantes denunciaron en repetidas ocasiones el olvido al que les tenían sometidos las administraciones e instituciones españolas. Como concluía un veterano emigrante que llevaba más de treinta años fuera de su hogar, y que trabajaba como obrero metalúrgico y yesero en Francia, “el mecanismo de esta marginación es simple; en su país de origen [el emigrante] está ausente, en el país en donde vive y trabaja carece de los derechos legales y elementales para poder intervenir”¹³. Sólo la negociación de un convenio bilateral entre el país de origen y el país receptor podía paliar esta situación de raíz, aunque toda política favorable del gobierno español podía contribuir a suavizar los desajustes. Pero los emigrantes, que a la sazón de los años setenta eran ya una minoría si se los compara con las masas migrantes de las décadas precedentes, no siempre sintonizaban bien – o a la inversa – con el que era su órgano de asistencia por excelencia, el Instituto Español de Emigración (IEE).

No es momento de entrar a describir ni su funcionamiento profundo ni su evolución desde el año 1956, pero sí que quiero apuntar que durante la Transición el IEE modificó sustancialmente la visión que se tenía del hecho migratorio – si bien siempre fue un órgano un tanto heterodoxo en cuanto a sus opiniones internas –. De un informe del año 1975 en el que se hacía una defensa a ultranza de la democracia orgánica española¹⁴ – con tono molesto, además, por al constatar la fascinación de sus compatriotas por la Europa moderna y libre –, pasamos a otro en 1983 en el que se exige “altura moral” y restitución de cara a los emigrantes que se sacrificaron bien por el progreso o el alivio de los países industrializados¹⁵. En cuanto a la “ausencia” a la que se refería el entrevistado – que vemos es más una ausencia a lo Labordeta que a lo Larzabal –, exigía para su supresión, entre otras cosas, el reconocimiento del derecho a voto de los emigrantes y un aspecto no menos importante, su efectiva puesta en práctica. Este último detalle es importante, pues un informe del IEE sobre una encuesta realizada entre la emigración española en el año 1984 constata que en las elecciones de octubre de 1982 “tan sólo un 23,70% [de los emigrantes] pudo utilizar el sistema establecido de voto por correo”¹⁶. Además, esta encuesta, que es la continuación de otra anterior organizada por el periódico gallego La Región en 1978, da importantes pistas sobre la inclinación política de los emigrantes que se basan en una recopilación de 5.207 cuestionarios¹⁷.

La encuesta lo remueve todo: nos dice, para 1978, que los españoles emigrantes piden representación en cortes, si bien el 70% no conoce a sus representantes actuales provinciales; Suárez destaca como el político más conocido “y el que más hizo por la democracia”, seguido por González, Carrillo y Fraga Iribarne. Indica como partido favorito a la UCD, aunque matiza que en Francia y en Alemania – y esto es matizar mucho – lo es el PSOE, para apuntar después que es el partido de Felipe el que más ha de aportar en el futuro a los emigrantes, según ellos mismos¹⁸. El 60% está descontento del trato recibido en los centros oficiales españoles, y un porcentaje similar, del 63,1%, manifiesta que “el emigrante no recibe la suficiente información sobre la evolución política en España”, si bien, y partiendo de lo mucho o poco que saben, un 79% considera muy o bastante positivo el cambio político vivido en el país, aunque luego la mitad califican España como un país todavía *poco* o *nada* democrático. Vemos, y es una pena no poder insistir con más argumentos, que la emigración, que los ausentes, también eran críticos con la actitud de España y con la Transición, pero observamos que en ningún caso se habían resignado a quedarse callados o a dar por perdidas las esperanzas de hallar un mínimo reconocimiento, tanto material como político.

La Transición, parafraseando a Suárez, elevó también a la normalidad del debate público lo que ya venía siendo normal durante años entre ciertos sectores. Esta eclosión progresiva, incompleta pero pese a todo notoria y muy considerable, abarcó asuntos que llevaban ya un tiempo en la palestra de algunas siglas o latitudes socioculturales – la reconciliación, el binomio ruptura-reforma, la amnistía, la reparación de la memoria de los vencidos y el enjuiciamiento de sus verdugos, la situación de la mujer, el calvario del exilio, la restitución republicana o la legalización de los partidos políticos son sólo algunos de los casos más paradigmáticos –, y aunque finalmente algunas demandas se malograron o quedaron aparcadas, durante un tiempo estuvieron disponibles entre el todo y la nada. Un simple vistazo sobre la prensa de la época reafirma esta cuestión.

Centrémonos por ejemplo en el problema del exilio y en el recién nacido “El País”, durante su primer año de vida, esto es, desde el 4 de mayo hasta el 31 de diciembre de 1976 – lo que hacen un total de 208 números, una vez descontados los lunes en los que como era habitual en aquellos años ningún diario sacaba edición –. En una búsqueda no demasiado exhaustiva, que se centra sobre todo en las secciones de Cultura y Opinión, tenemos que durante ese periodo de tiempo tan reducido salen a la luz unos 66 artículos, entrevistas, notas de prensa, editoriales o cartas al periódico relacionadas de un modo directo con el problema del exilio, lo que al cambio supone que un número de cada tres alude a este tema – si añadimos a la mezcla el recuerdo de la guerra civil, la vindicación feminista o la lucha por la amnistía, encontraremos artículos de esta guisa en por lo menos uno de cada dos números de “El País” –.

Como puede aventurarse, sesenta y seis artículos o espacio de opinión, denuncia y debate dan para mucho, y darán más en el momento en el que el vaciado de prensa que se ha proyectado trabaje con tiradas anuales completas de este y otros diarios¹⁹. Pero, volviendo al cerco trazado, la contribución de “El País” durante el año 1976 a la recuperación de la memoria y del legado del exilio puede resumirse en tres puntos:

- A) En un nivel de restitución, el diario recupera nombres de autores exiliados u obras de aquellos, informa sobre su retorno y proyectos, incluyendo en algunos casos entrevistas²⁰.
- B) En un nivel de denuncia, el diario incluye por un lado noticias relativas al complicado retorno desde el exilio – que se concentran sobre todo en los meses de verano, cuando sale a la luz el Real Decreto-ley 10/1976 sobre Amnistía²¹ –, al que se añaden otros asuntos colaterales, así como la intervención directa de los implicados a la hora de revalorizar su situación y su particular periplo²².
- C) En un nivel de construcción afectiva y simbólica, “El País” elabora una especie de patria común donde van a caber los exiliados de fuera y de dentro, de un lado y del otro. Este apartado, por su mayor complejidad y trascendencia, merece que me extienda algo más que los anteriores:

Cuando a los veinte días de su existencia “El País” publica un artículo que firma Ricardo de la Cierva y que se titula “Laín: antimemorias con España” (26 de mayo), el diario pone la primera piedra de un edificio que se va a construir a marchas forzadas a lo largo del año, lo que nos hace sospechar que otros muchos medios colaboraban en esta edificación – una obra ya iniciada por la idea de la reconciliación y los “cantos de sirena”, allá por los años cincuenta –. Concretamente, escribe de la Cierva sobre el nuevo libro de Laín Entralgo que tal obra “acaba de situarle ya en el plano magistral de los Azañas y los Madariagas: dentro de todo, al margen de todo”, y recalca acto

seguido: “Sus palabras son comunes, comunitarias”. El mes de junio acrisola esta afirmación a través de dos artículos muy significativos que se titulan “El final del exilio interior” (6 de junio) y “La deuda del exilio” (17 de junio), donde en un primer caso se elogia el caso de los “exiliados de la Universidad”²³, y en un segundo la editorial de “El País” insta a la nación “hacer un examen colectivo de conciencia para saber si los españoles tienen alguna deuda contraída con quienes permanecieron fuera de su patria durante tanto tiempo”. Pronto, una nueva tribuna publicada el 24 de junio y firmada por José Luis Pinillos hace ostensible a unos y a otros – exiliados puramente dichos y exiliados del interior, o “insiliados”, como él los llama – esa misma deuda²⁴. De este modo, en menos de mes y media, “El País” ha botado un mismo barco para todos aquellos que se declaren albaceas de la democracia, procedan de donde procedan, sin que por otra parte se reciban muchas llamadas de atención – a lo sumo dos, una manifestada a través de una carta al director que se envía al diario el 24 de julio y otra firmada por Luis Marañón, tres días después²⁵ – y sí varios llamamientos de adhesión²⁶.

Hasta aquí, lo que he pretendido ejemplificar con estos casos en apariencia tan extraños entre sí – la construcción por parte de “El País” de un edificio amable donde, más por la existencia de extremos que de grandes acuerdos, cabían personas como Gutiérrez Mellado y Santiago Carrillo²⁷; y de otra parte la satisfacción incompleta y tardía de una serie de necesidades materiales muy elementales para la España ausente –, es que son múltiples los niveles en los que la Transición defraudó o agradó, permitiendo por norma general una suerte de consuelo incompleto donde quien pudo o quiso se agarró a unas u otras conquistas de diversa entidad, pero muy pocas veces enteramente satisfactorias o al gusto de todos.

¿Qué fue de la Transición?

Ya para acabar, y a modo de recapitulación, quisiera servirme de algunos de los testimonios que nos han dejado quienes vivieron tanto la emigración como el exilio, así como el duro retorno y la lucha activa en los años de Transición, para ver cómo explican desde la cercanía del siglo XXI la vida que les tocó vivir²⁸.

Entre quienes emigraron por causas económicas tenemos a Herminio Álvarez Vila (1940) y a Lucinda Sanchidrián González (1938)²⁹. Aunque ninguno de los dos llegó a vivir la Guerra Civil tuvieron que luchar muy duramente para labrarse un porvenir. Mientras que Lucinda guarda mal recuerdo de la sociedad de acogida Herminio se centra en el papel de la autoridad española, que “siempre creyó que nosotros éramos evadidos del monte o algo parecido, hasta los años 80 estuvieron pensando que los españoles [en la emigración] eran criminales o algo por el estilo” (3ª sesión, minutos 54-57). Lucinda, a la hora de describir sus relaciones con las autoridades aclara que “no había problemas políticos”, si bien describe como un hecho normal el acudir a la puerta del consulado en la embajada para protestar arrojando huevos podridos (4ª s. 12-16).

Con respecto a la reinserción en la sociedad de origen, Lucinda no haber sido “tan suspicaz de decir el español me ignora como emigrante”, del mismo modo que reconoce el sacrificio que los que no salieron del país hubieron de afrontar – “no tenía sentido presumir yo pobre emigrante y el que se ha quedado qué bien lo está pasando” (3ª s. 12-16) –. En cuanto a Herminio, que sí reconoce un mayor choque en el reencuentro con la sociedad de origen – “Ilegas a España y hay otra forma de vivir” –, lo más atesora de su experiencia fuera es el haber aprendido a desenvolverse por sí solo y con confianza, por

ejemplo, a la hora de tratar a la administración de un lugar o del otro: “es una cosa que nos inculcaron allí [...] cómo hacer para ir a una oficina”, pues a España “todavía le falta que te sientes como un sitio en el que vas a solicitar algo tengas derecho o no tengas derecho, es lo mismo” (4ª s. 12-16).

Entre los militantes comunistas cada biografía es más aventurera que la anterior: Juan Antonio Rodríguez Ania (1927)³⁰, niño de la guerra evacuado a la URSS en 1937 y retornado en las repatriaciones del año 1957; Eugenio Orlando (1924)³¹, hijo de emigrantes españoles en Cuba, regresó a España en el año 1945, donde, debido a su apasionada manera de ser, encontró muy difícil disimular sus convicciones; Blanca Huarte Erviti (1905)³², refugiada en Francia tras la guerra civil y esposa del dirigente comunista Ángel León Cambor, crió prácticamente a sus hijos mientras su marido iba y venía, sirviendo de enlace entre el exilio y la clandestinidad y pasando largas temporadas en paradero desconocido o en la propia cárcel.

El testimonio de Blanca Huarte, como ya se ha dicho, es la oda incansable de una mujer entregada a la lucha del partido y su marido – “yo lo que él dijera, yo por él... la luna, hubiera ido a cogerla” –, y contribuye a recordarnos el altísimo precio que se pagó entre las filas del antifranquismo más osado: “me parecía tan justo lo que [él] hacía, una causa tan noble. Y él [y ella, añadiríamos] ¿qué sacaba? El andar siempre perseguido y estar alejado de su familia” (pista 17). Juan Antonio – “juanin el rusu” –, explica en la crónica de su vida, de más de cuarenta horas de duración, todos los aspectos imaginables sobre el exilio en la URSS, el difícil retorno y el recorrido de España hasta la actualidad. Preguntado por la valoración que le merece esta travesía, lee unas líneas de un volumen que él mismo ha escrito: “[...] La transición de un régimen dictatorial a un régimen democrático fue ejemplar para el mundo entero pero «tragando sapos» de todo calibre y asumiendo el silencio durante muchos años como lo habían hecho con Franco” (pista 75). En esta línea, mucho más sentido y colorido, habla Eugenio, y su testimonio nos interesa sobremanera porque es uno de los pocos entrevistados que en todo momento es consciente de que una cosa es la valoración que pueda hacer a día de hoy de la Transición y otra la que tuvo en su momento. Es por eso que me permito reproducir acto seguido un fragmento bien extenso de su entrevista:

El cambio en realidad quien lo estaba haciendo era la derecha, era Adolfo Suárez, el rey, todo del Régimen franquista. Y eso también daba una cierta tranquilidad a las gentes de la derecha [...]

Estábamos todo el personal para la obra de teatro que se estaba organizando, que para mí hoy eso fue lo que se estuvo haciendo: una gran obra de teatro en la que todos representamos un papel. Pero en aquel entonces no, yo no lo veía así. Yo lo veía con una gran ilusión, una tremenda ilusión...

[...] como nosotros también queríamos la democracia, y casi pensábamos que era mejor una mala democracia que una buena dictadura, pues estábamos también contentos (pista 6).

La muerte de Franco es recordada por todos los entrevistados a los que se les pregunta por ella como un momento de inmensa celebración y regocijo: “se hizo una gran fiesta, y manifestaciones, y salió todo el mundo a la calle y todo el mundo a cantar” (Blanca Huarte, pista 17); “cuando lo certificaron, para contradicción de la mayoría de los españoles que lo lloraron, yo descorché una botella de champán de una marca inalcanzable que solamente tomé una en mi vida” (Nicasio Arias³³, pista 4); “y el mismo día que murió Franco... vinieron tres compañeros del partido a festejar la muerte de Franco, trajeron pasteles y teníamos que salir a tomar algo” (Marcelo García³⁴, pista 39). Aunque también hubo quien aquello del champán le pareció demasiado macabro:

“fíjate que cuando murió, porque yo tengo mucho respeto a los muertos, fíjate que empezaron a brindar y a descorchar ya esto y lo otro...” (Azucena González³⁵, pista 10). Sin embargo, entre tanta celebración hay una cruda realidad en España, y es que tras la desaparición corpórea de Franco era la incertidumbre la sensación dominante, por más que le recuerdo desde la actualidad, conocida la historia que siguió, lo imprima todo de un tono esperanzador y optimista. Así lo manifiesta Pablo García³⁶. Con su intervención, que reproduzco íntegra dada su genialidad, quiero terminar:

Aquí tengo que ser prudente, porque no sé, lees gente y parece que hay gente que lo tenía clarísimo, y que lo preveía todo, pero yo, en lo que a mí me alcanzaba, solamente sabía que iba a haber algo diferente después del dictador, pero vamos lo que resultó no creo que yo esté en condiciones ahora aportando datos de que salía cómo podía evolucionar.

Yo siempre cuando salen estas cosas digo: yo lo único que recuerdo de los últimos momentos de la Dictadura son las cinco penas de muerte que firmó poco antes de morir... la noche para mí no había terminado, [...] que nadie me venga diciendo que aquello supuso una desbandada del franquismo que la desbandada no la vi por ningún lado (pista 13).

Últimas consideraciones

Soy consciente de que las presentes páginas se han dedicado más a sumar testimonios en torno al posicionamiento del exilio y la emigración española con respecto a la Transición que a trazar un verdadero análisis teórico-práctico de narrativas propiamente dichas. Por todo ello me disculpo, pero es que mi intención, siendo realista con la situación de mi investigación, es más bien la de abrir y lanzar un debate que me parece todavía muy inexplorado en muchos aspectos, pues queda mucho por leer, reflexionar y discutir.

Sólo diré, a modo de conclusión provisional, que a mi juicio la Transición, más por ser un pulso entre todos sostenido que por ser un regalo otorgado por una serie de personalidades con nombres y apellidos, se movió en un perfil intermedio que a algunos los sedujo desde el principio – posiblemente, a los más temerosos de virajes violentos –, mientras que a otros sólo los convenció parcial o provisionalmente. A una última capa de población, con toda seguridad, la dejó fría o la decepcionó por completo. Este perfil más bien tibio en su conjunto, que yo denominé en un epígrafe intermedio “entre el todo y la nada”, pero que bien responde a esa idea que tanto acariciarla algunos se ha erosionado por completo – el consenso de la Transición –, es el que se ha venido resquebrajando desde sus mismos orígenes al calor de un binomio muy habitual en la historia, que es el que trazan las leyendas rosi-negras que en las últimas décadas han ido campando por sus anchas en la historiografía y la sociedad española, las mismas que toca ahora matizar.

Parece plausible pensar que el desencanto dependió tanto de las expectativas y carácter de cada cual como de la correlación de fuerzas existentes entre las fuerzas políticas españolas, sin duda alguna asimétrica, y una última pizca de azar – por no decir “la vida misma”– que encumbró o ignoró a personas de perfiles similares, literatos, políticos, exiliados anónimos o emigrantes corrientes que, a primera vista, no tenían motivos para salir *a priori* más perjudicados o beneficiados que sus compañeros en el reparto de dones o reconocimiento. Un reparto, la Transición, que como el exilio mismo sentó mal a quienes aspiraron al todo a costa de la nada, lo que me hace plantearme si no debiéramos retrotraer todo al propio 18 de julio, cuando una serie de

generales y magnates jugaron precisamente a eso mismo, al todo o la nada, arrastrando en el juego a una nación durante cuarenta años, sino más.

¹ Carta del 22 de enero de 1978. Fundación Pablo Iglesias, archivo Carlos Martínez Parera – FPI/ACMP en adelante –, signatura: C1023-D27.

² Aunque en este caso he hecho que la fecha coincida de manera deliberada, está claro que se pueden ofrecer ejemplos muy anteriores. Uno de ellos especialmente elocuente nos lo ofrece unos diez años atrás – la fecha que consta en el archivo es la de 1964, entre interrogantes – otro compañero anarquista de Ángel Marcos que arremete así contra los disidentes de turno: “[...] para nuestra finalidad no hay más que un camino, el recto; las curvas siempre las he considerado muy peligrosas y procuro evitarlas. Para los desviacionistas todos los caminos son buenos con tal de entorpecer la marcha”. Archivo de la Fundación Salvador Seguí, Sección 05, Fondo Ángel Marcos – FSS/S05.8-AM en adelante –, signatura: 000110-003.

³ Archivo histórico del PCE, carpeta “Emigración Política” – APCE-EM en adelante –, signatura: 96/2.1.

⁴ Ángel Marcos fue secretario de la Comisión Nacional de Relaciones de la Federación Nacional de Industria Ferroviaria (FNIF) en algún momento anterior a 1967. La FNIF, afincada en la rue St. Marthe de París estuvo constantemente peleada con el grupo de Toulouse por las discrepancias de buena parte de sus integrantes ante la actitud dialogante de aquel de cara al resto de grupos no oficialistas.

⁵ FSS/S03-AM: 000124.3.

⁶ FSS/S05.8-AM: 0000023.1.

⁷ FSS/S05.8-AM: 000028.1.

⁸ FSS/S04-AM: 000171.2.

⁹ Toulouse, 21 de junio de 1979. FPI/ACMP: C1023-D27. Me parece también apropiado copiar a continuación la respuesta que daba Carlos Atienza a su tocayo el 15 de septiembre de aquel mismo año. Una verdadera declaración de intenciones realizada desde el relativo aislamiento mexicano. ¿Sobrevivió, a tenor de su autor, al choque de la realidad que supusieron los años ochenta para el partido socialista? Inútil elucubrar, pues carecemos de respuesta por parte de Atienza. La carta:

[y que] no olvidemos tampoco toda nuestra historia, que siempre hemos estado situados al lado y defendiendo a la clase trabajadora, que esto es nuestra razón de ser y que cuando tengamos que ir al poder que no vayamos con la idea [de] ser un paliativo en la caída de la clase capitalista sino que vayamos dispuestos a cumplir con nuestro deber de transformar la sociedad en la que vivimos. Claro está que para esto no hace falta declaraciones fuertes o demagógicas sino pensar en quiénes somos y que tengamos la suerte o la visión de saber elegir a los hombre que nos sepan llevar por el buen camino, sin olvidar lo que fuimos y lo que somos.

¹⁰ Carta de Antoine Blanca (padre) a Carlos Parera, Suresnes (11 de diciembre de 1979). FPI/ACMP: C1023-D30.

¹¹ Fundación Primero de Mayo de Madrid – FPM en adelante –, Fuente: Secretaría General de Inmigración y Emigración – CDEEE en adelante –, Federación de Asociaciones de Emigrantes Españoles en Francia (FAEEF), “Encuesta a jóvenes emigrantes españoles”, 50-07, 19 hojas.

¹² Sigue así: “[...] los españoles de Polonia escribieron una carta al presidente Suárez en la que exponían su situación. También escribieron a Carrillo, quien les recomendó dirigirse a las autoridades polacas y al gobierno español”. “Los últimos de Varsovia”, reportaje especial para la revista Cambio 16 (30 de abril de 1978). APCE-EM: 96/4.4.

¹³ “Cuestionario sociológico para los emigrantes”, 1970 (5 hojas). Cuestionario resuelto por Antonio García Tejedor. FPM-CDEEE: 37/07.

¹⁴ “Introducción a la emigración española en Francia”, 1975. Secretaría General de Inmigración y Emigración – SGIE en adelante – de Madrid Uno de sus párrafos dice así:

En lo político, la existencia de partidos de diferentes tendencias, que explican sus ideologías a la luz del día, les hacen creer que la democracia solamente existe por la existencia misma de los partidos políticos y que España, por no autorizar los partidos políticos, es una dictadura [...] si fueran capaces de juzgarlos con conocimiento de causa [a los países receptores], encontrarían los mismos principios básicos y los mismos objetivos que rigen en España o en cualquier país de mercado libre”.

¹⁵ “Integración y participación en la vida social del país de acogida de los trabajadores migrantes y sus familiares”, 1983. SGIE.

[...] a las sociedades, tanto de acogida como de origen, que un día, no lejano, requirieron a los trabajadores migrantes, bien para construir su progreso, bien para aliviar sus tensiones, hay que

demandarlas, sobre todo en épocas de crisis, el que tengan la altura moral necesaria de pagar una larga deuda y dar menos, infinitamente menos de los que recibieron.

¹⁶ “Informe sobre la encuesta realizada entre la emigración española por sofemasa para la Región-internacional”. Madrid, 27 de febrero de 1984. SGIE.

¹⁷ Si la anterior encuesta de 1984 me apareció de manera indirecta en el SGIE, la de 1978 aparece en su formato original – esto es, el número 1279 del 8-10 de mayo del citado periódico –. FPM-CDEEE: 92/2.

¹⁸ Esta tendencia es reafirmada por la encuesta segunda encuesta: “de 1978 a 1983 se ha incrementado en un 7,7% [sobre un 60,2% previo] la proporción de los que consideran al PSOE como el más capaz para enfrentarse a la realidad de la emigración”. Luego, acudiendo a las 92 preguntas que planteaba este cuestionario, observamos que un tercio de ellas inciden de manera redundante en una valoración del partido – que si valore la victoria del PSOE, el “cómo van a ir las cosas con él”, si mejorará o no la situación, si hay confianza, el qué se le pide al PSOE, las características que lo definen, etc. –, pero no se vuelve ya a solicitar una valoración general sobre el proceso de cambio democrático en España.

¹⁹ Esta tarea, que es hercúlea, creo que aún está por realizar – entiéndase, claro está, que está por realizarse dentro del ámbito temático aquí aludido, que es bastante específico, por supuesto que existen abundantes y rigurosos estudios sobre la contribución de la prensa al proceso de transición democrático desde otros muchos de puntos de vista y sesgos concretos –.

²⁰ Para abreviar, nos ahorramos los títulos de cada artículo y citamos únicamente la fecha del mismo – día/mes, pues el año es siempre 1976 –, junto al nombre del exiliado “recuperado”: Rafael Alberti (22/5, 24/9 y 28/12), Federico García Lorca (5/6, 10/6, 30/9), Francisco Giral (16/6, 26/9), Buero Vallejo (25/6), Juan Goytisolo (13/6 y 11/12), Claudio Sánchez Albornoz (1/6, 1/7), Rafael Calvo Serer (15/8, 22/10 y 30/11), Bosch Gimpera (4/8), Santiago Carrillo (13/8, 20/10 y 18/11), Wenceslao Roces (16/9 x2), Antonio Machado (5/10, 21/10), Jorge Guillén (7/10, 2/12 y 3/12), Pablo Casals (22/10, 30/12), Emilio Prados (7/11 y 24/11), Josefina Manresa como viuda de Miguel Hernández (2/11), Jorge Semprún (15/12) y Manuel Tuñón de Lara (19/12). Si sumamos a los “exiliados internos” de los que hablaré luego, tenemos a Laín Entralgo (26/5), José Luis López Aranguren (17/6) y Vicente Aleixandre (4/11).

²¹ Todo “empieza” – hay un precedente el 23/7 y en general el tema de la Amnistía, al margen del exilio, está presente por doquier – el 8 de agosto con un artículo titulado “Aún no se ha concedido ningún pasaporte a exiliados”, y prosigue a lo largo del día 10, 15, 22 y 29 del mismo mes, continuando luego los días 24 y 28 de octubre, 14 de noviembre y 1 y 26 de diciembre.

²² Sobre la situación de México y el papel que brindó al exilio (26/10 y 2/12); sobre la situación de los militares republicanos y mutilados vencidos (10/12 y 15/12); sobre la situación de los emigrantes y sus hijos (7/12); sobre la contribución de la Escuela de Mendéndez Pidal a la investigación española en el exilio argentino (12/8); sobre los “Olvidados” (Vicente Llorens, 27/8); sobre los “cuarenta años de Páramo Cultural” (Luis Marañón, 27/7); sobre su propia experiencia (Francisco Ayala, 17/11) y por último, sobre múltiples asuntos (Carrillo, los depurados, los emigrantes, los mutilados, etc.), la incisiva tribuna diaria de Francisco Umbral.

²³ El autor de esta tribuna es Josep Melia y los “exiliados” de los que habla: Aranguren, García Calvo, Tierno, Valverde y Tovar.

²⁴ El título de la tribuna es por sí sólo clarificador: “Los exiliados de fuera y de dentro”.

²⁵ En la primera, un ciudadano llamado Claudio Villa, desde Málaga, insta a los exiliados a no regresar demasiado pronto – “no les pidamos que contribuyan al truco del gato por la liebre o a la operación *aquí no ha pasado nada*”–, mientras que Marañón en “Cuarenta años de Páramo cultural” criticaba también la “repesca de exiliados” como “una trágica manipulación para que unos venerables cerebros mueran en sus pagos de origen”.

²⁶ Cito dos que me resultan muy curiosos, ambos en noviembre: el que escribe Joaquín Garrigues Walker el día diez (“Un liberal reprimido”), y el que firma Francisco Ayala el día diecisiete (“El ocaso de las ideologías”). Quizá resumiéndolos hasta el absurdo puede decirse que comparten una misma idea, que no es sino el convencimiento de que a la altura del año 1976 en la proa de la Transición democrática española estaban los que están por lo menos de acuerdo en una única cosa: en pilotarla juntos, para que no se pierda.

²⁷ No tiene desperdicio ninguno de ambos artículos: “Olvidar nuestra guerra y mirar hacia adelante no es entreguismo”, declaraciones de Gutiérrez Mellado a la agencia EFE del 24 de octubre de 1976; y entrevista a Santiago Carrillo del 13 de agosto de 1976: “Si fuera a España me entrevistaría con el Rey y con Suárez”.

²⁸ Todos estos testimonios son extractos literales obtenidos del fondo AFOHSA, ya descrito en la introducción. En la primera aparición de cada nombre consta, entre paréntesis, el año de nacimiento, y en la nota a pie de página, su signatura en AFOHSA. En ella, siete testimonios pertenecen a la sección

“Historias de Vida” – HV en adelante – y dos a la sección “Culturas del Trabajo” – CT en adelante –. Las entrevistas de la sección CT se realizaron en el año 2010, las de HV entre los años 2001, 2003 y 2004.

²⁹ Herminio (AFOHSA-CT: B16/18) fue emigrante en Holanda entre 1962 y 1967, aunque su vuelta a España no duró mucho, pues se encontraba mucho más cómodo en su segunda patria neerlandesa, a la que volvió en 1971 y hasta el año 2005, fecha de su segundo retorno. Lucinda (AFOHSA-CT: B17/12) emigró a Bonn, Alemania, en 1961 y residió allí hasta el año 2004, trabajando como delegada regional y federal de los asistentes sociales de Cáritas. Herminio no muestra una afiliación política definida mientras que Lucinda se afilió a la UGT y militó en el PSOE.

³⁰ AFOHSA-HV: B4/11.

³¹ AFOHSA-HV: B3/9.

³² AFOHSA-HV: B3/18.

³³ Nicasio Arias Fernández (1933). Emigrado a Chile y Argentina a finales de los 60, conoció hasta tres dictaduras militares en su vida. Quizá por eso en el año 82 se permitió protagonizar una escena muy cómica en el Valle de los Caídos, que sólo unos años atrás pudo haber sido trágica: preguntando piadosamente a unas monjas y a un cura si aquella era, en efecto, la tumba del dictador, prorrumpió en vítores e insultos ante una concurrencia horrorizada. Recuerda que lo sacaron dos grandullones del recinto llevándolo en todo momento en volandas. AFOHSA-HV: B1/13, pista 5.

³⁴ Marcelo García Suárez (1930). Este minero afiliado a UGT y al PSOE jamás salió de España, pero convivió entre muchos exiliados y emigrantes retornados. La celebración de la muerte del dictador le duró poco, pues el 20 de noviembre a las ocho de la tarde comparecía en Avilés a causa de una propaganda “subversiva” que había distribuido entre unos chicos. Cuenta cómo le torturaron y obligaron a comer los panfletos, y que estuvo en el calabozo hasta el discurso del monarca del día 22 de noviembre, donde al parecer cada cual entendió lo que quiso: “sale el rey como jefe de estado y empieza a decir cosas hasta que salió la palabra *justicia* en España, y cuando sale esa palabra [los agentes] apagaron la televisión y me miraron: «ya lo sabes, aquí... justicia»”. AFOHSA-HV: B3/2, pista 39.

³⁵ Azucena González Uría (1930). Sin afiliación definida, Azucena emigró con su esposo a la República dominicana en los años 50 y conoció el ambiente enrarecido post-trujillista, hasta su retorno a España en los 80. Ella lo recuerda así:

Bueno yo cuando vine aquí a España pues fui por la calle Álvarez Garaya [en Gijón] y vi una manifestación cuando ya estaba esto liberado y había muerto Franco y empecé a llorar a llorar a llorar de alegría, porque cuando fui a votar casi caigo a la puerta del voto, porque como yo eso no estaba acostumbrado a hacerlo ni yo allí podía votar por ser extranjero, yo me emocioné muchísimo, y cambió la vida muchísimo. ¡Que vayas por la calle y puedas decir lo que te da la gana, que antes no podías ni hablar! (AFOHSA-HV: B3/14, pista 15).

³⁶ Pablo García Fernández – *Paulino* – (1934). Militante del PSOE y de UGT, llegó a ser el primer alcalde democrático de Laviana (Asturias). Dos pasajes más de su entrevista presentan una nitidez reveladora. El uno, una valoración muy en la línea de Parera, comedida y autocrítica, sobre la figura de Rodolfo LLopis; el otro, la descripción de lo que supuso para él pasar clandestinamente los Pirineos:

[...] ahora sería muy fácil resumir la parte mala de la persona, que la desprestigia. Este fue un socialista que trabajó mucho por el partido y trabajó bien, posiblemente a última hora haya tenido que haber dejado poder. ... y bien seguro que fuimos también despiadados y desagradecidos (pista 10).

La primera vez que crucé la frontera, una cosa como psicológica, nada más te veías en la parte francesa eras como otra persona... empezabas a hablar más fuerte, con más altura... (pista 11)